

Laboratorio y experimentación del trabajo en la pandemia del capital

RICARDO ANTUNES :: 30/06/2020

La pandemia del capital no tardó en demostrar su impostura: miles de "colaboradores" están siendo despedidos

Los "socios" pueden elegir entre reducir los salarios o experimentar el desempleo y los pequeños empresarios no encuentran consumidores y ven desaparecer sus ingresos.

Primer acto

El mundo comenzó este trágico año 2020 de manera muy diferente. Como si la recesión económica mundial no fuera suficiente y en un curso marcado en Brasil, ya estábamos viendo en el radar signos de un aumento significativo en las tasas de informalidad, precariedad y desempleo, ya sea debido a la proliferación de una miríada de trabajos intermitentes, ocasionales, flexibles, etc., o debido a formas abiertas y ocultas de la sub-ocupación, la subutilización y el desempleo, todos contribuyen a la expansión de los niveles ya abismales de desigualdad y pobreza social.

Paralelo a esta situación social crítica, el léxico de negocios que se expandía en el universo-maquínico de información digital mostró mucha pomposidad: platform economy, crowd sourcing, gig-economy, home office, home work, sharing economy, on-demand economy, entre tantas otras denominaciones, sin olvidar que los altos directivos (anteriormente presidentes y directores de grandes corporaciones) fueron renombrados como chief executive officer (CEO). Incluso se inventó el coaching, después de todo, se necesitaría alguien que ganase un buen cacao para realizar algunas caricias espirituales.

Y este nuevo palabrerío, propagado por la gramática del capital, se agregó a las ya consolidadas, y que adulteraban los verdaderos significados etimológicos de las palabras que todos conocemos: siempre manteniendo la resiliencia, actuando con mucha sinergia, convirtiéndose en un auténtico colaborador y en verdad socio, vanagloriarse de la nueva condición de emprendedor, ejercer el trabajo voluntario (de hecho, una imposición "sutil", ya que el voluntariado se ha convertido en una condición sine qua non para obtener un trabajo), entre tantos otros vituperios al lenguaje, que se le atribuyen nuevos "significados".

Pero lo inesperado fue que esta humeante nomenclatura, que parecía tan bella, se convirtiera en pura mentira. La pandemia de capital trató de demostrar su impostura: miles de "empleados" están siendo despedidos, los "socios" pueden elegir entre reducir los salarios o experimentar desempleo y los pequeños empresarios no encuentran consumidores y ven desaparecer sus ingresos.

Es bueno recordar, sin embargo, que incluso antes de la explosión de la pandemia, la cotidianeidad del trabajo mostraba ya otra realidad completamente diferente: pejetización, trabajo intermitente, sub-ocupación, subutilización, info-proletariado, cibertariado,

esclavitud digital, profesor delivery , cuenta-propismo fijo, precari@ inflexible, etc., terminología que, con un tono irónico y crítico, se originó en el propio trabajo. Es por eso que la uberización de hoy tiene el mismo rasgo peyorativo que muestra la walmartización cuando se habla de las condiciones de trabajo en hipermercados.

Si ese era todavía el escenario en la Navidad de 2019, con Trump, Bolsonaro, Orban y otras aberraciones semejantes, todo se comenzó a agravar con la llegada de la pandemia. Con la propagación global del coronavirus, lo que fue desánimo se volvió desolación. Y la crisis económica que golpeó duramente a Brasil se amplificó por las crisis del gobierno de Bolsonaro-Guedes, una simbiosis nada extraña entre concepciones dictatoriales y fascistas y una variante del neoliberalismo primitivo, devastando aún más nuestro terreno social ya desertificado.

Algunos datos muestran esta crudeza. En la medición para el primer trimestre de 2020, el IBGE mostró una intensificación de las condiciones inhumanas de la clase trabajadora: llegamos al contingente de 12,9 millones de desempleados, y la informalidad (un azote que se convirtió en leitmotiv de la acción del capital) superó el límite del 40%, con alrededor de 40 millones de trabajadores masculinos y femeninos excluidos de la legislación de protección laboral social.

Vale la pena mencionar que estos datos no reflejan lo que está sucediendo en el presente (segundo trimestre), dada la expansión exponencial de la pandemia en Brasil, pero solamente lo poco que era visible hasta los primeros días de marzo, desde el desempleo (tanto abierto como el producto del desánimo) es en gran medida invisible debido a la parálisis de grandes sectores de la economía, permitiendo solo una aproximación sintomática de la realidad. Si incluimos las personas subempleadas (que trabajan menos de 40 horas) y los trabajadores infrautilizados (que según el IBGE abarcan tanto a las personas subempleadas y desempleadas y la fuerza de trabajo potencial) 1], tendremos una idea más precisa de la magnitud de la tragedia social que continúa expandiéndose en el país que a fines de mayo se encuentra en el epicentro de la pandemia.

Segundo acto

Fue en esta situación verdaderamente catastrófica, en la que quedó demostrada la simultaneidad de la crisis económica, social y política, donde la nueva pandemia aterrizó en nuestros aeropuertos. Muy lejos de un virus cuya responsabilidad se debió a un cierto exceso de la naturaleza, explicación tan al gusto de la apologética de la ignorancia que hoy se propaga aquí y en otros lugares, lo que estamos presenciando, a escala global, es el resultado de la expansión y generalización del sistema de metabolismo antisocial del capital.

Con una lógica esencialmente destructiva, este metabolismo solo puede vivir y reproducirse a través de la destrucción, ya sea de la naturaleza, que nunca ha estado en una situación tan deplorable, o de la fuerza laboral, cuya fusión, corrosión y dilapidación se han vuelto absolutamente insostenibles. Expansionista e incontrolable, sin tener en cuenta la totalidad de los límites humanos, sociales y ambientales, el sistema de metabolismo antisocial del capital alterna entre producción, destrucción y letalidad. De lo contrario ¿qué significa la enorme presión de gran parte de la comunidad empresarial depredadora que exige del gobierno-tipo-lumpen- [2] el regreso inmediato al trabajo y la producción, en medio de la

explosión de muertes que siguen creciendo debido a la pandemia? ¿Es para preservar los trabajos, como dicen?

La respuesta es simple y está impresa no solo en el país, sino en todos los rincones del mundo. De China a Suecia, de Alemania a Sudáfrica, de India a EEUU, de Francia a México, de Japón a Rusia, con el estallido de la pandemia del capital, la creación de riqueza y ganancias se estancó, dada la paralización de producción, con la excepción de las llamadas actividades esenciales (de hecho, al expandir o restringir esta definición, cada gobierno imprime su nivel de mayor sujeción y servilismo al capital).

Como las corporaciones globales saben mejor que nadie que la fuerza laboral es una mercancía especial, ya que es la única capaz de desencadenar e impulsar el complejo productivo presente en las cadenas de producción global que hoy en día comandan el proceso de creación de valor y riqueza social, los capitales aprendieron bien, durante estos casi tres siglos de dominación, a lidiar con (y en contra) del trabajo.

Sabiendo que, si se llevara a cabo la eliminación completa del trabajo, se encontrarían en la incómoda posición de extinguir su propio medio de vida, su alquimia diaria, cotidiana e ininterrumpida está indeleblemente dirigida a reducir al máximo el trabajo humano necesario para la producción. Y esto se hace a través de la introducción compensatoria del arsenal maquínico-informativo-digital disponible, es decir, mediante el uso de tecnologías de información y comunicación (TIC), "internet de las cosas", impresión 3D, big data , inteligencia artificial, todo esto hoy en día, incrustado en la más que emblemática propuesta de la industria 4.0.

Que este complejo tecnológico-digital-informativo no tiene valores humanos-sociales como su propósito central, esto es algo más que obvio. ¿O será que alguien cree que la guerra entre la norteamericana Apple y la china Huawei tenga como principal objetivo mejorar sustantiva e igualitariamente las condiciones de vida y de trabajo de miles de millones de hombres y mujeres, blancos, negros, indígenas, inmigrantes, que deambulan entre desempleo, subempleo, informalidad e intermitencia? ¿Alguien puede imaginar que el objetivo de las grandes corporaciones globales es darles un trabajo decente, salarios justos, una vida dotada de sentido, el pleno cumplimiento de sus necesidades materiales y simbólicas?

Una breve mirada a las condiciones de trabajo de Foxconn, en sus unidades en China, donde produce la marca Apple, nos reveló diecisiete intentos de suicidio en 2010, de los cuales trece desafortunadamente se han hecho realidad. También podemos recordar las rebeliones contra el infame "sistema 9-9-6", practicado por Huawei (y tantas otras compañías digitales chinas, como Alibaba), lo que significa trabajar de 9 a 21 hs. (9 horas), seis días por semana. Fácil ¿no es así?

Pero, si éste era el devenir del mundo del trabajo antes de la explosión del coronavirus, ¿qué se está gestando en el presente, en medio de la pandemia del capital? ¿Qué experimentos de trabajo se están ideando en los laboratorios del capital, mientras que una parte expresiva de la clase trabajadora llena las tumbas que, a la intemperie, reciben sus cuerpos.

Tercer acto

Si nuestro análisis está en la dirección correcta, si estamos captando el olor de la cosa, la principal forma experimental de trabajo pos-pandémico se encuentra en el trabajo uberizado. Valiéndose ilimitadamente de la informalidad, la flexibilidad, la precariedad y la desregulación, características marcadas del capitalismo en el Sur global (que también se están expandiendo intensamente en el Norte), le correspondió a las grandes plataformas y aplicaciones digitales, como Amazon (y Amazon Mechanical Turk), Uber (y Uber Eats), Google, Facebook, Airbnb, Cabify, 99, Lyft, iFood, Glovo, Deliveroo, Rappi, etc., dar un gran salto por la aplicación de las tecnologías informacionales.

Y aquí los algoritmos se destacan, ya que son programas cuidadosamente preparados para procesar un inmenso volumen de información (tiempo, lugar, calidad), capaces de dirigir la fuerza de trabajo de acuerdo con las demandas requeridas, dándoles la apariencia de neutralidad.[3] Junto con la inteligencia artificial y todo el arsenal digital con fines estrictamente rentables, esto ha permitido la creación de un nuevo monstruo que distorsiona la concreción y la eficacia de las relaciones contractuales actuales. Los empleos asalariados se transforman en "prestación de servicios", lo que resulta en su exclusión de la legislación social que protege el trabajo. Impulsados por la idea del empuje, que los hizo soñar con un "trabajo sin jefe", se convirtieron en lo que, en mi libro *O privilégio da servidão*, lo llamé esclavitud digital.

Realizando jornadas de trabajo frecuentemente superiores a 8, 10, 12 o más horas por día, a menudo sin descanso semanal; percibiendo bajos salarios y que se restan durante la pandemia, sin explicación por parte de las plataformas digitales; sufriendo despidos sin ninguna justificación; teniendo que asumir los costos de mantenimiento de vehículos, motocicletas, teléfonos celulares y equipos, etc., comenzamos a revelar, en los laboratorios del capital, los múltiples experimentos que pretenden implementar después de la pandemia, que se pueden resumir de la siguiente manera: explotación y saqueo acentuados y sin ningún derecho del trabajo.

Si el desenfreno corporativo continúa marcando la pauta, tendremos más informalización con la informatización, "justificada" por la necesidad de recuperar la economía posterior a Covid-19. Y sabemos que la existencia de una fuerza laboral excedente monumental favorece en gran medida esta tendencia destructiva del capital pospandémico.

También hay otros ejemplos que ilustran los experimentos del capital en curso. La simbiosis entre el trabajo informal y el mundo digital ha permitido a los gerentes soñar con trabajos aún más individualizados e invisibilizados. Al darse cuenta de que el aislamiento social llevado a cabo durante la pandemia ha estado fragmentando a la clase trabajadora y obstaculizando las acciones colectivas y la resistencia sindical, buscan avanzar en la expansión de la oficina en casa y el teletrabajo.

De esta manera, además de reducir costos, abren nuevas puertas para una mayor corrosión de los derechos laborales, acentuando la desigual división socio-sexual y racial del trabajo y confundiendo así el tiempo de trabajo y el de la vida de la clase trabajadora. [4]

Los bancos, que ejercitan una gran pragmática de reducción de personal durante décadas,

ya que han utilizado el arsenal digital de manera intensiva, ya deben calcular cuánto se beneficiarán con la introducción de la oficina en casa y el teletrabajo.

Finalmente, vale la pena destacar otro ejemplo que ha sido emblemático: EAD (educación a distancia). Esta práctica, que se ha intensificado durante la pandemia, tanto en la educación pública como privada y especialmente en las universidades privadas, además de apuntar a la reducción de costos y aumentar las ganancias, apunta a fortalecer los grandes conglomerados privados "educativos". Recientemente, como la prensa informó ampliamente, Laureate, que reúne a varias universidades privadas, además de usar robots para corregir las tareas sin el conocimiento de los estudiantes, despidió a más de cien profesores.

De este modo, a través de estos y otros mecanismos, las nuevas formas de corrosión en el trabajo han ido ganando impulso durante la pandemia y expandiéndose en las actividades económicas más diversas, invadiendo también el espacio público y las empresas estatales. Hace unas semanas, el CEO de Petrobras se unió al coro diciendo que la compañía estatal puede "trabajar con el 50% de las personas en casa" y, por lo tanto, "liberar varios edificios que cuestan mucho".[5] Vale la pena recordar que, justo antes del brote del coronavirus, hubo un importante paro nacional por parte de los petroleros.

En medio de tanta maquinación, pensar que la ayuda de R \$ 600 (por tres meses) para aquellos que están en el sector informal es suficiente para reducir el flagelo y el vilipendio al que están sometidos, sólo es posible para un gobierno que practica necropolítica y necroeconomía, lo que lo llevó a "descubrir" que hay más de 40 millones de trabajadores invisibles , una dura constatación del resultado principal de su política genocida.

Notas:

1] Ver Ricardo Antunes, Coronavirus: trabajo bajo fuego (libro electrónico), Boitempo, São Paulo, 2020.

2] Según Ricardo Antunes, Política della caverna, Castelvecchi, Roma, 2019..

3] Según Vitor Filgueiras y Ricardo Antunes, "Plataformas digitais, uberização do trabalho e regulação no capitalismo contemporâneo", Contracampo, Niterói, 2020.

4] Sobre la oficina en el hogar, el teletrabajo y sus usos y abusos, ver Ricardo Antunes, Coronavirus ... , op. cit.

5] Juliana Estigarribia, "'Podemos trabajar con el 50% de los empleados en casa', dice el CEO de Petrobras", Exame, 15 de mayo de 2020.

www.herramienta.com.ar. Traducción de Raúl Perea

<https://www.lahaine.org/mundo.php/laboratorio-y-experimentacion-del-trabajo>